

REVELANDO O INSTINTO

Rafaela Botega¹

Mónica Crespo nasceu em Bergara, País Basco, Espanha. É professora na Universidade Nacional de Educação a Distância (UNED) no País Basco, e dá aulas de escrita criativa. *Las Madres Secretas* é seu primeiro livro de contos publicado em 2017 pela editora Base, na Espanha. A obra foi finalista do prêmio Setenil e do prêmio Tigre Juan, nas edições de 2018. O conto “O Instinto” faz parte dessa coletânea.

A leitura desse e outros contos do livro possibilita a reflexão sobre diversos temas, mas sobretudo sobre a maternidade. Crespo traz à tona mães que estavam escondidas, como a narradora do conto traduzido. Por não corresponder a um ideal materno imposto pela sociedade, a mãe de primeira viagem, que não é nomeada, representa muitas mães mundo afora. A protagonista enfrenta o que pode ser uma depressão pós-parto e relata sua luta psicológica através de uma narrativa intensa. A tensão circunda a figura da filha, que, ainda bebê, é vista como um monstro pela mãe, que hesita em amar a criança.

Enquanto ocorre uma espécie de metamorfose com a criança desde a perspectiva da mãe, daí o tom fantástico da narrativa, se ilustra o sofrimento materno com a amamentação, a depressão pós-parto, o instinto materno, a visão da mãe como heroína, que deve ser capaz de aguentar tudo pela filha. Esse panorama em que a narradora está inserida incita questionamentos sobre o papel da mulher como mãe.

Assim como a protagonista do conto, muitas mães sofrem diante do que se tem como ideal de boa mãe. No original em espanhol, registra-se a expressão *mala madre*, usada pela narradora quando expressa sua culpa diante das dificuldades com a amamentação. Essa expressão foi traduzida para a *culpa de não ser uma boa mãe*, que apela ao sentido de incapacidade de se alcançar um ideal. Ainda que de formas diferentes, nos dois idiomas a mãe é submetida a uma idealização e a um apagamento. Esse apagamento da mulher quando toma a posição de mãe é normalizado e romantizado, mas deve ser superado em prol da qualidade de vida da mãe e do bebê. Além de uma questão de saúde, se trata de uma questão política de libertação do controle patriarcal sob a vida das mulheres.

Por se tratar de um relato psicológico, temos pistas temporais e nuances da ambientação do conto guiadas pelas lembranças e emoções da narradora. A história se passa na casa da

¹ Graduanda em Letras. Licenciatura Português e Espanhol.

família, entre idas e vindas rotineiras à escola e ao pediatra. Apesar da aparente monotonia, o turbilhão de emoções sentido pela mãe transforma um ambiente que deveria ser acolhedor numa prisão obscura.

É muito interessante a provocação feita pela autora em deixar algumas questões em suspenso para que o leitor possa tirar as suas próprias conclusões. A leitura do conto é indicada para aqueles que quiserem provar um pouco do turbilhão de emoções que a maternidade pode causar ou mesmo ampliar a compreensão a respeito de outras mães marginalizadas, despertando um olhar mais empático para as questões da maternidade.

EL INSTINTO

Al principio no me di cuenta de lo que ocurría ni de lo que llegaría a ocurrir. Yo le daba el pecho a mi bebé. Preciosa, recién nacida, tan blancas y sonrosadas eran sus manitas apoyadas en mi seno. Fue creciendo y cada vez se hizo más fuerte. Había días que me dolía cuando la amantaba y la sentía aferrada a mí como si tuviera dientes. Yo apretaba los puños y seguía dándole de mamar porque creía que era lo mejor para ella. Había ocasiones en las que lloraba de dolor. Mientras ella dormía saciada yo temía, como un animal aterrado, volver a escuchar su llanto reclamando más alimento.

En ocasiones, llegaba a hurgar en su boca buscando alguna encía abierta por la que apuntara algún extremo blanquecino y afilado que lo explicara, hasta que ella lloraba, y yo me veía a mí misma y veía a mi niña estirada sobre mis rodillas, con mis dedos urgentes en su boca, retorciendo sus labios, volviéndolos hacia arriba.

Oía su llanto desgarrador, me abrazaba a ella apretándola contra mi pecho, atravesada por la culpa de ser una mala madre; una madre tal vez loca, de ser una desequilibrada que maltrata a su criatura. Y mi llanto se unía al suyo y ambas llorábamos la misma pena entrelazada al unísono, hasta que nos calmábamos y sentía en su respiración la confianza reparada. Entonces me decía a mí misma que nunca más, que eran cosas mías, que era demencial. Que era el cansancio, el revuelo de hormonas tras el parto, la falta de experiencia. Que era cuestión de tiempo, que llegaría a ser como ellas, como las buenas madres del parque que paseaban sus bebés rollizos. Que algún día sería una de ellas e interrogaría a la recién llegada con un bebé escuálido sobre si comía bien, si dormía bien, si aún tomaba pecho, si había comenzado con las papillas de cereales, porque cuántos meses tiene, está un poco pequeña para su edad, ¿no? Yo algún día sería una de ellas y estaría al otro lado, del lado de las buenas madres en formación, cochecito junto a cochecito, cerrando filas frente a la nueva aún insegura. Y sobre ella caería toda la culpa y la vergüenza que atesoraba cada tarde frente al escuadrón de carros con bebés prietos y rosados. Mientras tanto, yo, como cada tarde, esperaba pasar la prueba y, una vez más, con una breve despedida y un regusto amargo iniciaba el camino de regreso a casa, mientras el verde del parque cuajado de pequeños puntos carnosos se volvía lejano.

Me levanté y me acerqué a la cuna. Aceché su respiración observando cualquier señal de alerta, de gesto o movimiento en su cara de bebé aún sin rostro. Dormía plácida, y en su boquita sonrosada se entreveían sus encías desnudas e inocentes. Un llanto sordo humedeció mis mejillas. La tomé entre mis brazos, me sumergí en su olor y me sentí complacida por primera vez, después de meses, por el deber cumplido, por ver crecer a mi niña sana y hermosa, a pesar de todo. A pesar del dolor y del miedo, yo era su madre. Hasta el día en que me mordió. Apretaba y succionaba, succionaba y retorció mi pezón hinchado y dolorido entre sus encías y era tal su voracidad que no podía satisfacerla. Yo sostenía con el brazo izquierdo a mi niña sobre el pecho y mordía con desesperación los nudillos de mi mano derecha. Ya no me quedaba más leche y ella estaba rabiosa. Por un momento su boca liberó mi pezón amoratado para súbitamente, abalanzarse sobre él y morderlo con tanta fiereza que me hizo sangrar. Grité y la aparté de mí, casi se me cayó de los brazos. Sujeté mi pecho con la mano en la que antes hincaba mis propios dientes. Doblada sobre mí misma, doblada sobre ella, lloré hasta que la imagen de mi hija tras las lágrimas se volvió monstruosa e insondable; y lo vi, agazapado, palpitando en ella.

Por un instante, mi llanto, mi dolor, el tiempo, se detuvo. Hasta que ella comenzó a llorar con desgarró y sequé mis lágrimas y pude ver la imagen limpia de mi hija, ese llanto conocido que me conmovía y me disparaba hacia ella con todos mis instintos alerta. Y ellos se ocuparon de todo y me convirtieron de nuevo en madre que ama y protege a su cachorro por encima de todo. Y aunque todavía era muy pequeña, decidí que ya era el momento, y la desesperación, que es un resorte que te salva o te empuja al vacío, en este caso, me quiso salvar; quiso salvarnos a ambas.

Me dirigí a la cocina y preparé un puré con las frutas que me parecieron más maduras y varias galletas, tal y como había oído muchas veces detallar al escuadrón de las buenas madres del parque en sus conversaciones sobre si era mejor la manzana roja o verde o si era mejor no echarle manzana porque seca o porque lo que sea. Si a ellas les funcionaba, también valdría para mi niña. La tomé en mi regazo, y tras muchos pucheritos y movimientos de un lado a otro evitando la cuchara, lo fue tomando; primero con rechazo y luego con fruición.

Acudí a la pediatra y le expliqué que ya no tenía leche suficiente y que llevaba varios días dándole frutas. A ella pareció no extrañarle y me animó a hacerlo siempre que completara con cereales y leche de continuación, cuyo nombre me apuntó en un papel con el membrete de la consulta y una letra ininteligible. A la salida estrujé el papel en una bolita y lo tiré. Mi hija era diferente y solo yo me ocuparía de ella. No le hablé de mi seno vendado, ni de cómo mi hija se había aferrado ávida a mi pecho sangrante. Quién me iba a creer. Pensaría que estaba loca. Yo, verdaderamente, temía enloquecer.

Mi marido que viajaba cada dos o tres semanas a Brasil, y permanecía allí otras dos semanas, me trataba como una madre obsesiva y nerviosa. Veía en su mirada la reprobación y el brillo acerado de la duda. A menudo me preguntaba si necesitaba ayuda y me sugería que tal vez fuera buena idea que su madre viniera de Toledo para ayudarme con la niña, que total a Madrid

no le costaba nada acercarse y que me veía muy cansada. Yo me negaba con frases que tejían cortinas de humo sobre mi angustia y mi terror. Sonreía ensayando un efecto tranquilizante de seguridad afianzada, de madre experta, en cada una de nuestras despedidas. Pero de nuevo, las mismas palabras, ¿estarás bien?, ¿segura?, y yo estiraba aún más las comisuras de los labios hacia arriba. No podía permitir que Doña Pilar viniera, aunque total a Madrid no le costara nada acercarse desde Toledo. Y mi madre, tan lejos, cómo contarle.

Lo peor llegó cuando le empezaron a salir los dientes. Estaba rabiosa, como todos los niños, con fiebre, las encías inflamadas y el culito irritado. Nada nuevo bajo el sol, dijo la pediatra ante mi mirada de concentrada expectación. Había algo que nadie percibía, ni siquiera su padre. Yo esperaba que entre viaje y viaje, él se diera cuenta y así podríamos compartir la carga. Dicen que a los niños, cuando se les ve todos los días, no se aprecian sus cambios. Yo esperaba, con la respiración contenida, que él lo dijera, la mirara y viera lo que yo veía; que al cogerla y abrazarla, lo sintiera. Sintiera lo que yo sentía. Esa oscuridad rugiendo quedamente en ella. Pero no. Para él todo estaba bien, yo siempre exageraba, especialmente desde que había nacido la niña. Me había convertido en una mujer excéntrica y obsesiva. Pero cómo explicarle a él lo que solo sabe una madre. La niña estaba rabiosa y punto. Eso era todo. Y por eso mordía, eso era todo. Pero yo la sentía. Me seguía con la mirada como un lobo a su presa.

Durante los meses siguientes intenté alejarme de ella. La mantenía en su cuna o en el parque de juegos, que trasladaba a donde yo estuviera, con todos sus juguetes y sus muchos mordedores. Me sentaba en el suelo frente a ella y la observaba tras la red del parque. Ella me miraba con la fijeza penetrante con la que solo saben mirar algunos animales. Las dos lo sabíamos. Y ella me decía sin palabras que me pertenecía, que era carne de mi carne, y carne era lo que quería. Yo entonces no soportaba más su mirada, me ahogaba en un sollozo y me iba a otra habitación para que no me viera. Pero aún sentía su presencia pegada a la piel, y también su demanda.

La niña fue creciendo sana, y fuerte, era alegre e inquieta y yo creí que todo se había silenciado o había desaparecido o nunca había existido. Había días en los que pensaba que tan solo habían sido delirios de madre primeriza, angustiada por el cansancio, las ausencias del marido, los llantos nocturnos, las noches en vela y todo el cansancio acumulado que, en ocasiones, nubla la razón y distorsiona el entendimiento, como me había transmitido mi marido de parte de Doña Pilar. Sí, mi hija era preciosa, vivaz y despierta. Nada malo podía haber en ella.

Un sábado a mediodía, entré a la cocina y la encontré sentada en el suelo de espaldas a la puerta. El trasluz del ventanal difuminaba su figura. Había un silencio extraño y un deglutir viscoso que solo comprendí cuando seguí el rastro de sangre que había dejado desde la encimera blanca hasta la barbilla, manos y boca ensangrentadas de mi hija. Ella me miró con ojos brillantes y satisfacción oscura. Yo di un paso atrás, antes de que el asco y las arcadas me mantuvieran encorvada y me pudiera acercar para retirar los restos de hígado y sangre de las manos y ropa

de mi hija. No dije nada. La tomé en brazos y la llevé al cuarto de baño. La desnudé lentamente, tratando de comprender, y la sumergí en el agua templada y jabonosa. A mi niña le brillaban los ojos. Esa luz terrible que yo conocía y que creí que no volvería a encontrar de nuevo en ella. Sus mofletes estaban arrebolados de placer. Limpié con mano temblorosa la sangre seca de su cara hasta que apareció la piel blanca, limpia, inocente. Mientras la veía chapotear y jugar en el agua con su pez de goma, apoyé la cabeza en el borde de la bañera y pensé en el futuro, en qué ocurriría a partir de ese momento, en qué sería de ella, qué sería de mí, de nosotras, ahora que había sucedido.

Con el paso del tiempo lo entendí. Recordé el embarazo, aquellos terribles meses en los que la debilidad me iba devorando y en los que, bajo la mirada atónita del médico que seguía la gestación, perdía peso en vez de ganarlo. Me indicaba mucho reposo e infinidad de vitaminas y complementos nutricionales, además de una serie de dolorosas inyecciones que aún no sé qué tipo de beneficio se suponía que me iban a aportar. Pero mi estado de debilidad era el mismo y mi vientre, apenas abultado, parecía más bien hundirse. Sin embargo, ella estaba bien. Nació una niña preciosa, con un peso adecuado, sin ningún defecto o deficiencia. Todo normal. Y cuando la sacaron de mi interior y oí su llanto, supe que era ella, que era mi niña.

Cuando la llevo al colegio temo por los demás niños de su clase. Siempre la llevo bien alimentada, pero aun así, una ansiedad sorda me golpea. Cada mañana, va de mi mano sin dejar de parlotear y dando saltitos entrecortados, mirándome con esos enormes ojos negros de pestañas largas y densas. Yo siempre la escucho con atención y contesto a todas y cada una de sus preguntas. Es tan curiosa que a menudo me arranca una carcajada que no puedo contener. A pesar de mi estado permanente de alerta. Ella tiene otra manera de asomarse al mundo.

Esta mañana, cuando llegamos a la puerta del colegio, la abracé y ella se enrolló a mi cuello con sus bracitos blandos y prietos. Me rozó la cara con su mejilla y cuando despegó sus labios y dijo adiós, su aliento, ese olor nauseabundo y ferroso, me estremeció de repulsión y la aparté con brusquedad. Vi cómo una de las madres, de las buenas madres, esbozaba con las cejas un gesto de desaprobación que arrugó su frente. Me sobrepuse y entregué un caramelo de menta a mi hija. Esperé a que las puertas se cerraran tras ella para emprender el camino de vuelta a casa. No sé cuánto tiempo vamos a aguantar así. Ni cuánto tiempo podré soportarlo. Cómo contener esa naturaleza en un ser tan pequeño.

No le quito el ojo de encima cuando juega con sus amiguitas del colegio. Al menor gesto sospechoso yo me lanzo sobre ella, y claro, muchas madres piensan que estoy completamente loca; pero ya me he acostumbrado a sus miradas y cuchicheos. Ellas no tienen ni idea. A veces, la pillo chuperreteando con fruición los dedos de una amiguita, se echa sobre ella sujetándole la mano con esa fuerza que solo yo conozco, impidiéndole escapar mientras llora desconsolada buscando a su madre. Y yo veo cómo la llama nace y crece en los ojos de mi hija y oigo el sonido de un gorgoteo incesante que si no corro a detener será imparabile. Como ahora corro

hacia los columpios y libero a la niña, y le digo que solo es un juego, que ella solo quería jugar. Pero la niña huye despavorida con pucheros y un hipo incontrolado que se quiebra entre el miedo y la congoja. Me llevo a mi hija aparte para reñirla, para explicarle, una vez más, que no puede hacerlo; la amenazo, le suplico que no lo vuelva a hacer. Abro el bolso y saco una pequeña caja de plástico azul, tomo entre mis dedos asqueados una pieza y se la doy. Ella la deglute ansiosa y voraz, y yo miro para otra parte, vigilando que nadie nos vea: una madre en el parque reprendiendo a su hija. Solo que cuando ella se acerca para abrazarla y darle un beso, la madre gira la cabeza para evitar el olor de su boca menuda de labios brillantes.

—Mamá.

—¿Qué, tesoro?

—¿Tú a mí me quieres?

Sé que no debo amenazarla y reñirla tan duramente, y que la niña que acabo de rescatar está perfecta, tan solo un poco asustada o tal vez, confusa. Pero no esperaba la pregunta.

—Pues claro, cariño, ¿por qué dices eso?

Un temblor en la voz me delata. Mi hija me mira fijamente con esos enormes ojos negros para los que no hay secretos.

—Ya sabes que no me gusta que hagas eso.

—¿El qué?

Me lo pregunta adoptando un aire inocente que no sé si identificar como fingido.

—Lo sabes.

Continuamos caminando en silencio. Mis mandíbulas se aprietan con fuerza, la una contra la otra. Conozco perfectamente los juegos de mi hija y me enfurecen. Pero no puedo decirle nada. Yo sé que su naturaleza la pone a salvo, al otro lado de sí misma donde la ocupa toda, agazapada, y la llena por completo haciendo desaparecer los ojos dulces que se vuelven metálicos, llenos de llamas negras.

—Es tarde, nos vamos a casa.

Pero en el mismo y preciso instante en que la última sílaba sale por mi boca, un estremecimiento de angustia me sacude y me encojo como quien espera un golpe. Y espero la pregunta que no tarda en llegar:

—Mami, ¿qué hay hoy para cenar?

Oigo sus pasos afelpados acercándose a mi cama. Se asoma al borde de las sábanas. Siento su respiración sobre mi boca y esa intensidad conocida. Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Me toma de la mano, juntas atravesamos el vano oscuro de la puerta del dormitorio, y como cada noche, salimos a cazar. Ella es quien elige. Yo la guío y trato de contenerla para que pase desapercibida. Cuando sucede miro para otro lado. Ella es otra. Yo soy otra. Todo lo que sucede en unos minutos le sucede a otra, en otro lugar.

Escucho el gorgotear en su garganta y los gritos ahogados, ajenos. Pero no oigo nada y cuando regresamos juntas a casa, ella vuelve a mirarme con sus ojos oscuros; aquietados. Ella, tranquila, yo aterrada. Ahora ya no temo que se vuelva contra mí como cuando era una cría ansiosa, ahora temo por mí. Temo por que algún día no pueda soportarlo más. Porque este amor es una pesada carga, un mandato que condena, un dolor sangrante y áspero. Temo por si algún día la otra mira mientras bajo mi niña y unas piernas se sacuden, por si la otra la golpea con una piedra que encuentra justo al lado del cuerpo convulso y aplasta el cráneo de su propia hija, por si la otra mira los dos cuerpos tendidos y siente el peso de la piedra abandonando su mano.

O INSTINTO

No início, não me dei conta do que acontecia ou do que iria acontecer. Eu dava o peito para a minha bebê. Linda, recém-nascida, suas mãozinhas apoiadas no meu seio eram tão brancas e rosadas. Ela foi crescendo e se tornando cada vez mais forte. Tinha dias que doía quando a amamentava e a sentia aferrada a mim como se tivesse dentes. Eu cerrava os punhos e continuava dando de mamar porque acreditava que era o melhor para ela. Havia ocasiões em que eu chorava de dor. Enquanto ela dormia saciada, eu temia, como um animal assustado, voltar a escutar seu choro pedindo por mais alimento.

Às vezes, eu chegava a fuçar na sua boca procurando uma gengiva aberta pela qual apontasse alguma extremidade branca e afiada que explicasse o que acontecia, até que ela chorava, e eu me via a mim mesma e via minha menina esticada sobre os meus joelhos, com meus dedos urgentes na sua boca, revirando seus lábios, virando-os do avesso. Ouvia seu choro devastador, me abraçava a ela e a apertava contra o meu peito, atravessada pela culpa de não ser uma boa mãe. Talvez uma mãe louca, uma desequilibrada que maltrata sua filha. E meu choro se unia ao dela e nós duas chorávamos a mesma dor entrelaçada ao unísono até que nos acalmávamos e eu sentia a confiança reparada na sua respiração. Então eu dizia a mim mesma que nunca mais, que eram coisas da minha cabeça, que era loucura. Que era o cansaço, a enxurrada de hormônios após o parto, a falta de experiência. Que era questão de tempo, que eu chegaria a ser como elas, como as boas mães do parque que levavam seus bebês roliços para passear. Que algum dia eu seria uma delas e interrogaria a recém-chegada com um bebê esquelético perguntando se comia bem, se dormia bem, se ainda mamava no peito, se ela já tinha começado com as papinhas de cereais, porque ela está com quantos meses?, está pequena para a idade, não é mesmo? Eu, algum dia, seria uma delas e estaria do outro lado, do lado das boas mães em formação, carrinho atrás de carrinho, formando fila na frente da novata ainda insegura. E sobre ela cairia toda a culpa e a vergonha que eu acumulava todas as tardes enfrentando o esquadrão de carrinhos com bebês comprimidos e rosados. Enquanto isso, eu esperava passar pela prova todas as tardes e, mais uma vez, com uma breve despedida e um gosto amargo na boca, iniciava o caminho de volta para casa, enquanto o verde do parque, coalhado de pequenos pontos carnosos, ficava distante.

Levantei e me aproximei do berço. Conferi a sua respiração observando qualquer sinal de alerta, de gesto ou movimento na sua cara de bebê ainda sem rosto. Ela dormia plácida, e na sua boquinha rosada, suas gengivas nuas e inocentes se revelavam. Um choro surdo umedeceu minhas bochechas. Tomei a menina nos meus braços, me submergi no seu cheiro, o que me agradou pela primeira vez depois de meses, pelo dever cumprido, por ver a minha bebê crescer saudável e linda, apesar de tudo. Apesar da dor e do medo, eu era sua mãe. Até o dia em que ela me mordeu. Apertava e sugava, sugava e retorcia meu mamilo inchado e dolorido entre suas gengivas com uma voracidade que eu não podia satisfazer. Segurava minha menina sobre o peito com o braço esquerdo, e mordida desesperada as juntas da minha mão direita. Eu já não tinha mais leite e ela estava raivosa. Por um momento, sua boca soltou meu mamilo arroxeadado para, de repente, avançar sobre ele de novo e morder com tanta força que me fez sangrar. Gritei e a afastei de mim, quase que a menina caiu dos meus braços. Segurei meu peito com a mão em que antes ficava meus dentes. Curvada sobre mim mesma, curvada sobre ela, chorei até que, depois das lágrimas, a imagem da minha filha ficou monstruosa e insondável; e o vi escondido, palpitando nela.

Por um instante, meu choro, minha dor e o tempo se detiveram. Até que ela começou a chorar desesperadamente e sequei minhas lágrimas e pude ver a imagem clara da minha filha, esse choro conhecido que me comovia e me levava em disparada até ela com todos meus instintos em alerta. E eles se ocuparam de tudo e me converteram de novo em mãe que ama e protege seu filhote acima de tudo. E apesar de ela ser muito pequena, decidi que já era o momento, e o desespero, que é uma mola que te salva ou que te lança ao vazio, nesse caso, quis me salvar; quis salvar nós duas.

Me dirigi até a cozinha e preparei uma papinha com as frutas que pareciam mais maduras e várias bolachas, do mesmo jeito que muitas vezes eu tinha escutado o esquadrão das boas mães do parque detalhar nas suas conversas sobre se era melhor a maçã gala ou verde, ou se era melhor não colocar maçã, porque resseca ou pelo que for. Se para elas dava certo, também daria certo para minha filha. A coloquei no meu colo, e depois de muita birra e movimentos de um lado para o outro evitando a colher, ela foi comendo; primeiro com rejeição e depois com gosto.

Fui até a pediatra e expliquei que já não tinha leite suficiente e que fazia vários dias que dava frutas para a menina. Ela pareceu não estranhar e me incentivou que o fizesse sempre e que completasse com cereais e fórmula, e anotou o nome num papel timbrado do consultório com uma letra ilegível. Na saída, fiz uma bolinha com o papel e joguei fora. Minha filha era diferente, e só eu tomava conta dela. Não falei do meu peito com curativo, nem de como a minha filha tinha se agarrado ansiosa ao meu peito sangrante. Quem iria acreditar em mim? Pensariam que eu estava louca. Eu, na verdade, temia enlouquecer.

Meu marido, que viajava a cada duas ou três semanas ao Brasil, e ficava lá outras duas, me tratava como uma mãe obsessiva e nervosa. Via no seu olhar a reprovação e o reflexo da

dúvida. Ele sempre me perguntava se precisava de ajuda e me sugeria que talvez fosse uma boa ideia que a sua mãe viesse de Toledo para me ajudar com a menina, que, enfim, não custava nada que ela viesse a Madri, e que achava que eu estava muito cansada. Eu me negava com frases que teciam cortinas de fumaça sobre minha angústia e terror. Sorria ensaiando um efeito tranquilizante de segurança consolidada, de mãe *expert*, em cada uma de nossas despedidas. Mas de novo, as mesmas palavras, você tá bem?, sério?, e eu esticava ainda mais os cantos dos lábios para cima. Eu não podia permitir que a Dona Pilar viesse, ainda que, enfim, não custasse nada para ela vir de Toledo. E minha mãe, tão longe, como contar para ela?

O pior aconteceu quando começaram a sair os dentes da criança. Estava raivosa, como todos os bebês, com febre, as gengivas inflamadas e o bumbum assado. Nada novo debaixo do sol, disse a pediatra diante do meu olhar de concentrada atenção. Tinha algo que ninguém percebia, nem sequer seu pai. Eu esperava que entre uma viagem e outra ele se desse conta e assim poderíamos dividir a carga. Dizem que quando vemos as crianças todos os dias não apreciamos suas mudanças. Eu esperava, com a respiração contida, que ele dissesse isso, que a olhasse e visse o que eu via; que sentisse o que eu sentia ao pegá-la e abraçá-la. Que sentisse o mesmo que eu. Essa escuridão rugindo silenciosamente nela. Mas não. Para ele tudo estava bem, eu sempre exagerava, especialmente desde que a menina tinha nascido. Eu tinha me convertido numa mulher excêntrica e obsessiva. Mas como explicar para ele o que só uma mãe sabe? A menina estava raivosa e ponto. Era isso mesmo. E por isso mordida, era isso mesmo. Mas eu a sentia. Ela me seguia sendo acompanhada pelo olhar de um lobo que segue sua presa.

Durante os meses seguintes, eu tentei me afastar dela. A mantinha no berço ou no cercadinho, que mudava para onde eu estivesse, com todos seus brinquedos e seus muitos mordedores. Me sentava no chão na frente dela e a observava pela rede do cercado. Ela me olhava com a firmeza penetrante com a que só sabem encarar alguns animais. Nós duas sabíamos. E ela me dizia sem palavras que me pertencia, que era carne da minha carne, e carne era o que ela queria. Eu, então, não suportava mais seu olhar, me afogava em um soluço e ia para outro cômodo para que ela não me visse. Mas ainda sentia a sua presença colada na minha pele e também sua demanda.

A menina foi crescendo saudável e forte, era alegre e inquieta e eu acreditei que tudo estava silenciado, tinha desaparecido ou nunca existido. Tinha dias em que pensava que apenas tinham sido delírios de mãe de primeira viagem, angustiada pelo cansaço, as ausências do marido, os choros noturnos, as noites em claro e todo o cansaço acumulado que, às vezes, turva a razão e distorce o entendimento, como meu marido tinha me dito usando as palavras da Dona Pilar. Sim, minha filha era linda, ativa e esperta. Não podia ter nada de errado com ela.

Um sábado ao meio-dia, entrei na cozinha e a encontrei sentada no chão, de costas para a porta. A luz da janela ofuscava sua figura. Havia um silêncio estranho e um deglutir viscoso que só entendi quando segui o rastro de sangue que o fígado bovino tinha deixado do balcão

até o queixo, mãos e boca ensanguentados da minha filha. Ela me olhou com olhos brilhantes e satisfação obscura. Dei um passo para trás, antes de que o nojo e a ânsia me mantivessem encurvada e que não pudesse me aproximar para tirar os restos de fígado e sangue das mãos e da roupa da minha filha. Não disse nada. Peguei minha filha no colo e a levei ao banheiro. Tirei sua roupa lentamente, tentando entender, e a submergi na água morna e cheia de espuma. Os olhos da minha menina brilhavam. Aquela luz terrível que eu conhecia e que acreditei que não encontraria de novo nela. Suas bochechas estavam coradas de prazer. Com as mãos trêmulas, limpei o sangue seco do seu rosto até que sua pele branca apareceu, limpa, inocente. Enquanto via minha filha batendo na água e brincando com seu peixe de borracha, apoiei a cabeça na borda da banheira e pensei no futuro, no que aconteceria a partir daquele momento, no que seria dela, no que seria de mim, de nós duas, agora que isso tinha acontecido.

Com o passar do tempo, eu entendi. Lembrei da gravidez, daqueles terríveis meses em que a fraqueza ia me devorando e perdia peso ao invés de ganhar, sob o olhar atônito do médico que acompanhava a gestação. O médico me indicava muito repouso e uma infinidade de vitaminas e complementos nutricionais, além de uma série de injeções doloridas que até hoje não sei que tipo de benefícios me trariam. Mas o meu estado de fraqueza era o mesmo e meu ventre, um pouco inchado, parecia que estava derretendo. Contudo, ela estava bem. Nasceu uma menina linda, com um peso adequado, sem nenhum defeito ou deficiência. Tudo normal. E quando a tiraram de dentro de mim e eu ouvi seu choro, soube que era ela, era minha menina.

Quando a levo para a escola, temo pelas outras crianças da sua sala. Sempre a levo bem alimentada, mas, ainda assim, uma ansiedade surda me golpeia. Toda manhã ela solta da minha mão sem deixar de tagarelar e saltitar, me olhando com aqueles olhos pretos enormes, de cílios longos e densos. Eu sempre escuto a menina com atenção e respondo todas as suas perguntas. Ela é tão curiosa que, muitas vezes, me arranca uma gargalhada que não posso conter. Apesar do meu estado permanente de alerta. Ela tem outra forma de se apresentar ao mundo.

Esta manhã, quando chegamos à porta do colégio, a abracei, ela se enrolou no meu pescoço com seus bracinhos macios e densos. Roçou meu rosto com seu queixo e, quando descolou seus lábios e disse tchau, seu hálito, aquele odor nauseante e ferroso, me fez estremecer de repulsa e a afastei de forma brusca. Vi como uma das mães, das boas mães, esboçava com as sobrancelhas um gesto de desaprovação que enrugou sua testa. Me recompus, e entreguei uma bala de menta para minha filha. Esperei que as portas se fechassem atrás dela para refazer o caminho de volta para casa. Não sei quanto tempo vamos aguentar desse jeito. Nem quanto tempo poderei suportar. Como conter essa natureza em um ser tão pequeno?

Não tiro os olhos dela quando brinca com as amiguinhas da escola. Ao menor gesto suspeito, me jogo sobre ela, e claro, muitas mães pensam que eu estou completamente louca; mas já me acostumei com seus olhares e cochichos. Elas não fazem ideia. Às vezes, pego a menina chupando os dedos de uma amiguinha com gosto, ela se lança sobre a outra menina

e segura a mão dela com aquela força que só eu conheço, impedindo que a criança escape enquanto chora desconsolada procurando pela mãe. E eu vejo como a chama nasce e cresce nos olhos da minha filha e ouço o som de um murmúrio incessante que se eu não corro para deter, ficará incontrolável. Como agora, eu corro até os balanços e libero a outra menina, e falo para ela que é só brincadeira, que ela só queria brincar. Mas a menina corre apavorada choramingando, com um soluço incontrolável entre o medo e o cansaço. Levo minha filha comigo para um canto para repreendê-la, para explicar, mais uma vez, que ela não pode fazer aquilo; a ameaço, suplico que ela não volte a fazer aquilo. Abro a bolsa e tiro um pote azul pequeno de plástico, pego um pedaço pequeno com meus dedos enrijecidos de nojo e dou para ela. Ela engole ansiosa e voraz, e eu olho ao redor, controlando para que ninguém nos veja: uma mãe no parque repreendendo sua filha. Só que quando ela se aproxima para abraçar a mãe e dar um beijo nela, a mãe vira a cabeça para evitar o cheiro da sua boca pequena de lábios brilhantes.

—Mamãe.

—O quê, querida?

—Você me ama? Sei que não devo ameaçá-la ou reprimi-la tão duramente, e que a menina que acabei de resgatar está bem, apenas um pouco assustada ou talvez confusa. Mas eu não esperava a pergunta.

—Claro que sim, meu amor, por que a pergunta?

Um tremor na voz me delata. A minha filha me olha fixamente com aqueles olhos pretos enormes para os quais não há segredos.

—Você já sabe que eu não gosto que faça isso.

—Isso o quê?

Perguntava adotando um ar inocente que eu não saberia dizer se era fingimento.

—Você sabe.

Continuamos caminhando em silêncio. Aperto as minhas mandíbulas com força, uma contra a outra. Conheço perfeitamente os jogos da minha filha e eles me enfurecem. Mas eu não posso falar nada. O que a salva é sua própria natureza, eu sei. Ela se apodera do seu outro lado, de forma oculta, e a preenche por completo, fazendo desaparecer os seus olhos doces que se tornam metálicos, cheios de chamas negras.

—Está tarde, vamos pra casa.

Mas, no mesmo e preciso instante em que a última sílaba sai da minha boca, um estremecimento de angústia me sacode e eu me encolho como quem espera um soco. E espero a pergunta que não tarda em chegar:

—Mamãe, o que tem pra jantar?

Ouçõ seus passos delicados se aproximando da minha cama. Ela se aproxima da beira do lençol. Sinto a sua respiração sobre a minha boca e aquela intensidade conhecida. Abro os olhos e dou de cara com os seus. Ela me pega pela mão, atravessamos juntas o vão escuro da

porta do quarto, e como toda noite, saímos para caçar. Ela é quem escolhe. Eu a guio e trato de contê-la para que passe despercebida. Quando acontece, olho para o outro lado. Ela é outra. Eu sou outra. Tudo o que acontece naqueles minutos acontece com outra, em outro lugar.

Escuto o borbulhar na sua garganta e os gritos afogados, alheios. Mas não ouço nada e quando voltamos juntas para casa, ela volta a me olhar com seus olhos escuros; mansos. Ela, tranquila, eu aterrada. Agora já não temo que se volte contra mim, como quando era uma cria ansiosa. Agora temo por mim. Temo que algum dia não consiga mais suportar. Porque esse amor é uma carga pesada, um mandato que condena, uma dor sangrante e áspera. Temo que algum dia a outra olhe enquanto umas pernas se sacodem embaixo da minha menina, que a outra dê um golpe nela com uma pedra que encontre logo ao lado do corpo convulso, e esmague o crânio da sua própria filha. Temo que a outra olhe os dois corpos estendidos e sinta o peso da pedra abandonando a sua mão.

REFERÊNCIAS

CRESPO, M. El Instinto. *In: Las Madres Secretas*. Barcelona: Editora Base, 2017. E-book Kindle